

Recensiones



Philippe Buc: *The Dangers of Ritual: Between Early Medieval Texts and Social Scientific Theory*, Princeton: Princeton University Press, 2001; ed. fr.: *Dangereux rituel. De l'histoire médiévale aux sciences sociales*, París: PUF, 2003.

Que un libro publicado en inglés en el año 2001 y en su versión francesa dos años más tarde sea objeto de una reseña en 2009 puede resultar sorprendente. Sin embargo, creo que su valor y el haber despertado entre el público español menos interés del que merece la justifican. Claro que el título aparece en las bibliografías y se cita ocasionalmente en las obras especializadas, pero, a pesar de ello, no sé si entre nosotros se ha llegado a estimar realmente el alcance y proporciones de la revisión metodológica propuesta por el autor.

La primera parte del libro de Buc se dedica al análisis de los rituales a través de un conjunto de fuentes tardoantiguas y altomedievales, Gregorio de Tours y Liudprando de Cremona, entre ellas. El bloque inicial se clausura con una nueva versión de un artículo anterior que el mismo autor había dedicado a la conversión en el primer cristianismo de las ejecuciones públicas en relatos de martirio. A los que conozcan otros trabajos del medievalista francés no les sorprenderá el énfasis puesto en el análisis de la parcialidad con que los autores relatan ritos y ceremonias, así como las manipulaciones e inversiones a las que los someten. Para Liudprando

de Cremona, los rituales protagonizados por sajones manifiestan el consenso social a la vez que muestran el vínculo establecido entre Dios y los hombres. Por el contrario, acciones equivalentes confiadas a italianos y bizantinos no son más que un medio de conservación torticera del poder. En Gregorio de Tours, los rituales pueden ser negativos o positivos, dependiendo también de quiénes sean sus ejecutores, reyes u obispos en este caso.

En este conjunto preliminar, Buc se enfrenta a las fuentes textuales de modo fino e inteligente. Sin embargo, es en la segunda parte donde se hallan los análisis más estimulantes. En esta sección, partiendo de la dicotomía descrita anteriormente, el autor explora las consecuencias de la diferencia establecida entre ritual y ceremonia, es decir, entre las acciones que ponen en comunicación al hombre con la divinidad y las, por el contrario, solo destinadas a la consecución de finalidades prácticas, bien sea la conservación del poder o el mantenimiento del orden social.

Como defiende brillantemente el autor, esta disyunción utilizada primero por la propaganda tardoantigua y altomedieval volverá a ser empleada en la reforma protestante para atacar al catolicismo, convirtiéndose más adelante en idea germinal del concepto de sociedad tal y como ahora lo entendemos. Y originando también, y esto resulta más peligroso en nuestro trabajo, los métodos que usamos para analizar ese concepto. Esta creencia en el valor de las ceremonias y creencias

religiosas como medio de conservación del orden social, tan grato a la antropología, será recuperado en los fracasados cultos cívicos promovidos por la Revolución francesa para reaparecer en, al menos, una buena parte de la producción de Durkheim.

El segundo punto fuerte de la revisión metodológica llevada a cabo por Buc se halla en la definición de la imposibilidad del estudio de la Edad Media como entidad exclusivamente monística. Al contrario, en esta época, la poderosa presencia del mal produce una intensa sospecha de hipocresía y engaño, y una viva conciencia de la oposición entre apariencia y realidad que impide toda actitud monolítica. Esta característica, sin embargo, no implicaba en esa época un descreimiento sistemático, sino la aceptación de la posibilidad de que, en algunas ocasiones, las solemnidades podían tener un significado diferente al aparente.

La revisión alcanza más lejos de que lo que a primera vista parece, pues convierte en imposibles algunos planteamientos iconoclastas que presentan al rey medieval como representación de una realeza de esencia divina. Por el contrario, y desde la Antigüedad tardía, las fuentes no son ni mucho menos unánimes en presentar la *potestas* regia como imagen del poder divino: «[...] les penseurs du Moyen Âge étaient plus que conscients du potentiel potestatif du cérémoniel politique [...]; ils considéraient [...] que toute instrumentalisation de la religion, y compris de sa face externe, était une perversion diabolique».

Llegados a este punto, resultaba inevitable, claro, una revisión de Kantorowicz. El pensamiento del gran historiador, estudiado en detalle por Alain Boureau, su más estimulante seguidor, además, se explica en un ambiente intelectual germano empeñado, tras los acontecimientos de 1918, en la recreación de una desaparecida comunidad política. Para ello se recurre a una Edad Media falsamente armónica y monolítica. Si he sido capaz de explicarme con claridad, debe de resultar de evidente que, según el razonamiento desarrollado por Buc, toda la teoría política pulcramente desarrollada por Kantorowicz descansa sobre un apriorismo falso. La verdad es que, para los historiadores de mi generación por lo menos, la revelación resulta casi traumática. Pero es también y en cierto modo liberadora. Por eso sorprende tanto que, en un ambiente intelectual tan intensamente dominado por las tesis kantorowiczianas como los estudios sobre la realeza medieval hispánica, este trabajo haya tenido una repercusión tan escasa.

Para concluir, Philippe Buc nos enfrenta en este provocador libro a algunos de los problemas que más desasosiegan al historiador: por un lado, la dificultad de extraer conclusiones firmes de las siempre interesadas, manipuladas y distorsionadas fuentes medievales; por otro, y no menos importante, la difícil relación entre historia y ciencias sociales, y la pertinencia, en consecuencia, de buena parte de la metodología utilizada en nuestras investigaciones. Nada más y nada menos que fuentes y método: el material y los instrumentos del oficio de historiador.

Raquel Alonso Álvarez
Universidad de Oviedo